

Enrique Marty

Miedo y asco en Consell de Cent

Enrique Marty
Lebensborg
GALERÍA
LLUCIÀ HOMS
BARCELONA

C/ Consell de Cent, 315
Tel. 93-467-71-62
Hasta el 14 de mayo

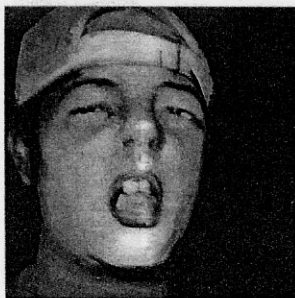
MERY CUESTA

Violación, sordidez, asco, vejación, sangre. Más allá del feísmo, está el gusto por la abyección y está Enrique Marty (Salamanca, 1969). A los que nos interesa la escatología, David Nebreda, Joel Peter Witkin o Paul McCarthy, la figura de Enrique Marty no nos había pasado desapercibida. *Lebensborg* es una exposición concebida de manera específica para el espacio de la galería Lucía Homs. Marty ha recreado un espacio a caballo entre un referente real (un portal de la calle Espejo de Madrid), y un lugar inquietante y deformado que sólo existe en su mente. El espacio ha sido dividido en tres cámaras planteadas con un sentido de la narratividad, como si fueran capítulos. Abre la primera cámara una pequeña criatura, medio cerda medio mujer, que parece haber sido violada y descansa sobre un charco de sangre. En la segunda estancia, una niña purulenta, se toca los genitales encaramada en una silla, mientras unos lamentos irrumpen desde una proyección en la pared, donde se está desarrollando una trama tan espeluznante como absurda. Más allá de lo sensacionalista de su estética, Marty está jugando (y disfrutando) con la trasgresión de los límites de sensibilidad del espectador a través de la sordidez y la perversidad. Desnudez, sexo, incesto, y enfermedad: su teatralización de la vida más allá de lo

que relacionan terror y espacio escénico: fantasmas de la ópera, muñecos de ventriloquia con vida propia, máscaras que esconden el horror... Lynch fue más allá al poblar de apariciones deformadas unos sets de rodaje imposibles y evidentes en *Twin Peaks*. Aun apoyándose en la línea Lynch para sus fantasmagorías, Marty peca de una artificiosidad que bebe de resortes cinematográficos, y que provoca que su instalación sea experimentada con igual distancia que una peli gore. Aunque también depende de lo impresionable que sea cada uno, está claro.

Pero la película de Marty cambia cuando hablamos de sus pinturas: no es una película de terror a lo Virginie Barré, ni una *gore* a lo Hermanos Chapman. Es aún más guarra, porque Marty baraja la carta más macabra: la familia, que es todavía peor que el sexo o la enfermedad. La infancia, la religión y el entorno familiar son ámbitos a los que Marty recurre obsesivamente. En sus series, pinta a sus propios padres y amigos, y a menudo a niños en situaciones domésticas,

En sus pinturas, Marty obliga al espectador a un feedback, porque la suciedad que vemos en ellas es la nuestra



Marty ha recreado un espacio a caballo entre un referente real y un lugar deformado que sólo existe en su mente

que nuestra sensibilidad soporta con naturalidad, es desasosegante. Me cuentan que los adultos que protagonizaron el video de la instalación, amigos del propio Marty, sentían remordimientos, una sensación de haber hecho algo malo tras grabar el video.

¿Es, sin embargo, demasiado obvia esta manera de llegar a la conmoción? Es en sus instalaciones escenográficas donde nos asalta, cuchillo en mano, la duda. Marty insiste en sus escenografías en mostrar la tramoya, en desnudar las estructuras y evidenciar las paredes falsas, para acentuar la sensación de encontrarnos en un decorado de película de terror. El cine durante toda su historia ha sido hábil acañando estereotipos

cas, tan ambiguas como espeluznantes. Como el cine de Carpenter, Marty advierte de que lo más atroz puede esconderse en nuestro entorno cercano. Algo de esto hay también en las relaciones incestuosas y zoofílicas que se establecen entre los personajes de las primeras películas de John Waters, pero mientras que Waters plantea la banalización de la sordidez, Marty adopta el rol de artista romántico, al adoptar una postura extrema de insatisfacción ante la supuesta realidad y deseo de destrucción. Bendito sea este romanticismo maldito que le alinea con Baudelaire, Lovecraft o el Maccas de Sade.

En sus pinturas, Marty obliga al espectador a establecer un continuo *feedback*, porque la suciedad que vemos en ellas es la nuestra, como ocurre con el cura que pide al infante que se tape ante sus compañeritos, porque la carne es débil. Marty saca de una mentira, una verdad, y demuestra que la representación deformante de nuestras vidas nos delata. |

Enrique Marty:
dos imágenes de la serie
'Juego de niños'